

H. Boero (2014). *Charles S. Peirce: Claves para una ética pragmática*. Pamplona: Eunsa.

Flávio Silva<sup>a</sup>

En este libro Hedy Boero presenta sus hallazgos sobre la ética de acuerdo con la concepción de Charles S. Peirce (1839-1914), lógico y científico norteamericano, una ciencia que él mismo tardó en reconocer como pieza importante de su sistema filosófico y del pensamiento en general.

Boero parte de la premisa de que la reflexión sobre los propósitos de la conducta, sea para un científico, un filósofo o cualquier hombre común, es siempre de orden moral. “En opinión de Peirce [...], siempre que el hombre reflexione acerca de lo que puede ser una vida digna de ser vivida, [...] así como sobre el camino o los medios que le permitan lograrla, esa reflexión es de tipo moral” (Boero, 2014: 12). De este modo, Peirce descubrirá que

la ética puede ofrecernos las claves para una vida significativa, sin recurrir a un método determinado, a una receta. Esto es lo que Boero muestra con maestría a lo largo de todo el libro.

El objetivo de la autora es presentar la evolución y la maduración de la concepción peirceana de la ética, en la medida en que evoluciona igualmente su pragmatismo, que decide, alrededor de 1905, llamar *pragmaticísimo*; un nombre “que es suficientemente feo como para estar a salvo de secuestradores” (Peirce, 1992-1998, *EP* 2.335). La autora muestra que la ética peirceana sufrió profundas transformaciones hasta alcanzar su máxima madurez al conectarse con las concepciones pragmáticas. Además, Boero presenta su investigación según el orden temporal de

<sup>a</sup> Doctorando en Filosofía en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo (Brasil). Miembro del Núcleo de Estudios en Semiótica y Comunicación (Universidad de Brasilia) y del Centro de Estudios de Pragmatismo (PUC-SP).

E-mail: flavio.aqs@gmail.com



los escritos de Peirce, enfrentándose a un análisis riguroso de esta bibliografía.

En el primer capítulo, la autora analiza el significado de las nociones de ética y moralidad, presentando la génesis del interés de Peirce sobre este tema, en un examen de los escritos de 1857 hasta 1892. Concluye que el filósofo norteamericano considera estas nociones como análogas, tratándolas a veces como sinónimas. Peirce comprende que la ética puede considerarse como una ciencia, una doctrina o un sistema, que versa sobre el carácter recto del obrar humano, desde el punto de vista de la naturaleza de los principios y las normas que lo rigen (Boero, 2014: 72). En cuanto a la moralidad, Peirce la entiende como la conducta en relación con lo correcto e incorrecto, sujeto de juicios morales; es decir, puede ser evaluada por el mismo agente moral o por otros (Boero, 2014: 73). Igualmente, se hace presente en esta noción la idea de conciencia y la condición de responsabilidad de una persona, que pueda dar respuesta de sus propios actos; lo que tendrá un papel aún más central en la fase madura de su pensamiento. Boero explica, además, que Peirce en este momento apenas distingue entre moral y religión, hasta el punto de que acepta y propicia la defensa de una moralidad conservadora (Boero, 2014: 75). Sin embargo, después Peirce reconocerá que su pragmatismo no permite ningún tipo de conservadurismo en la ética.

En el segundo capítulo, Boero analiza la bibliografía peirceana del período de 1892 a 1898, con el objetivo de buscar lo

que decía el autor sobre la relación entre ética e investigación científica. Se pueden sacar tres conclusiones importantes de este capítulo. En primer lugar, en la opinión de Peirce, es recomendable que el investigador tenga ciertas características morales que se van a ir desarrollando con la práctica científica: la imparcialidad e indiferencia morales (no tener prejuicios), la honestidad y sinceridad (buscar siempre la verdad tal como es). Lo interesante de esta concepción es que dichas virtudes no son inmutables, son hábitos que se pueden cultivar.

En segundo lugar, ya en este momento, Peirce rechaza la idea conservadora de la moralidad, puesto que para él ningún factor externo debe atentar contra su carácter desinteresado de búsqueda de la verdad (Boero, 2014: 137). Para este filósofo, el conservadurismo rechaza la libre investigación y los nuevos hallazgos (Peirce, 1931-1958, *CP* 1.49-51). La ciencia opera sobre la experiencia y no produce razonamientos incuestionables, sino dudas y resultados falibles; por lo tanto, cualquier intento de aplicar la moralidad sobre el orden científico desvirtuaría su carácter evolutivo (Peirce, 1931-1958, *CP* 1.55). En tercer lugar, Peirce plantea en este momento que la investigación es capaz de ensanchar la visión, los intereses y los objetivos humanos. La ciencia tiene su temporalidad propia y un interés a largo plazo, mientras que la acción humana tiene un interés a corto plazo (Boero, 2014: 140). Esto significa que los fines particulares (como la resolución de los asuntos de



la vida común) están envueltos por fines más universales (como el descubrimiento de las formas o verdades que el universo encierra), y así una persona puede ser capaz de concebir sus fines desde una perspectiva más elevada, de tomar distancia de sus intereses personales y asumir su vida formando parte de un todo más amplio (Boero, 2014: 141-42).

En el tercer capítulo, Boero examina detenidamente el período de 1901 y 1902. A partir de este momento, las ideas de Peirce ganan madurez significativa y su pragmatismo está cada vez más presente en sus concepciones éticas. En estos años, entiende que la ética tiene el estatus de ciencia teórica y normativa, dedicada a estudiar la búsqueda del *summum bonum*, el fin admirable. Las nociones de causa final y conciencia juegan un papel central. La primera permite definir la búsqueda por un propósito último para la conducta, donde se comprende que la ética es una ciencia de los fines. La segunda posibilita entender el autocontrol, la conducta deliberada y la autocrítica, que exponen el papel fundamental de la razón en la conducta y de la relación entre ética y lógica. Sin estos conceptos, los temas éticos no se podrían comprender en su plenitud.

En el último capítulo radican las grandes conclusiones y hallazgos de la autora. Aquí se analizan los escritos del período de 1903-1911, en el que Peirce estrecha la conexión entre el pragmatismo y la ética. Se entiende que los propósitos de la acción se construyen desde su significado

pragmático, desde sus efectos concebibles en la conducta. Se desarrolla, igualmente, una rica discusión sobre la libertad y la razonabilidad. Para Peirce, ser libre no significa un “todo vale” y seguir un fin admirable no tiene que ver con el hedonismo, sino que la libertad y la razonabilidad son ideales que se persiguen con autocrítica y maduración, en la medida que crece el conocimiento del sí-mismo. Conocerse a uno mismo posibilita ganar inteligibilidad sobre lo que se plantea hacer y sobre los ideales que se juzgan atractivos, cultivados con admiración y reflexión (Peirce, 1931-1958, *EP* 2.460).

Para finalizar, el gran logro de Hedy Boero radica en explicitar que para comprender la filosofía de Peirce no bastan las recetas e ideas hechas. Quisiera subrayar que según la ética pragmaticista “el fin del pensamiento es la acción solo cuando el fin de la acción es otro pensamiento” (Peirce, 1931-1958, *CP* 8.272), constituyendo un punto importante para no instrumentalizar ni reducir el significado vivo de esta doctrina filosófica.

#### REFERENCIAS

- Boero, H. (2014). *Charles S. Peirce: Claves para una ética pragmaticista*. Pamplona: Eunsa.
- Peirce, C. S. (1992-1998). *The Essential Peirce. Selected Philosophical Writings*, vols. 1-2, Peirce Edition Project (eds.). Bloomington: Indiana University Press [Abreviado *EP*].



Peirce, C. S. (1931-1958). *Collected Papers*, vols. 1-8, en C. Hartshorne, P. Weiss & A. W. Burks (eds.). Cambrid-

ge: Harvard University Press [Edición electrónica de John Deely, Charlottesville, VA: InteleX] [Abreviado *CP*].

